

## Semblanza de Ricardo Paseyro\*

Entre mis amistades, Ricardo Paseyro representa un caso muy especial. Pues casi no entiendo cómo, en sólo dos años —es el tiempo que hace que nos conocemos—, se ha vuelto una de esas raras personas con las que se tiene la sensación de que uno puede abandonarse, sin cortapisas, con absoluta confianza, al flujo de las palabras y de las ideas, seguro de que siempre nos va entender, incluso antes de que acertemos a formular lo que sentimos. Como ese sentimiento suele acompañar a las viejas amistades, he llegado a pensar que Ricardo Paseyro posee la rara y paradójica arte de transmutar un amigo reciente en un viejo amigo, de conjugar, casi milagrosamente, la frescura de lo nuevo con la madurez de lo que ha sido probado a lo largo de los años.

Nos hemos visto pocas veces, pero nuestras conversaciones han sido largas e intensas. Ricardo siempre cuenta cosas (¡y qué bien sabe contarlas!) que nunca le dejan a uno indiferente. Al oírle, no se sabe qué admirar más, si su pasión, esa pasión suya que no excluye en absoluto el más cuidadoso discernimiento, o su inteligencia, una inteligencia que va siempre al fondo. Si su capacidad para el diálogo ha tenido la virtud de hacérmelo tan próximo, la lectura de sus poemas me ha hecho entrar por la puerta grande en el círculo de su intimidad.

Ricardo Paseyro es un caso muy especial también porque reúne en su personalidad una serie de cualidades que no suelen darse jun-

\* Este texto fue leído en la presentación de las *Poesías completas* de Ricardo Paseyro (Biblioteca Nueva, Madrid 2000), que tuvo lugar en la Casa de América el 9 de mayo de 2000, y fue publicado en *Poesía, Por Ejemplo*, n.º 13 y último, verano 2000.

tas. En él se concilian la reflexión y la vivacidad con que acierta a descifrar el sentido de las extrañas evoluciones del mundo que nos rodea, la fuerza de la pasión y una moderación exquisita, que sólo puede haberle otorgado un cultivo de las formas poéticas que en Ricardo es indudable magisterio. Pero lo que más alto brilla en Ricardo Paseyro es su sentido de la libertad y de la civilización; de la libertad contra toda forma de opresión, incluidas aquellas formas, no por sutiles menos onerosas, que se disfrazan con la retórica de sedicentes liberaciones, y de la civilización contra toda forma de fanatismo. En un mundo donde tantos de los que pasan por grandes —me refiero sobre todo a los escritores— han claudicado ante poderes para los que era y es moneda corriente la opresión, la intolerancia y aun el exterminio del disidente (pienso en fenómenos como los del estalinismo, el maoísmo y sus frondosas secuelas) hasta llegar al extremo de vender su alma por un puñado de propaganda, Ricardo Paseyro se ha mantenido libre, sin por ello perder un ápice de su integridad. Sólo a la claridad de sus ideas, a su misma arte poética podría atribuir tal milagro.

En París, un mes de junio de 1963, Carlos Edmundo de Ory acertó a hacer con el nombre y apellido de Ricardo Paseyro, en sólo cuatro versos, una semblanza que vale lo que el retrato más expresivo. Permítanme que me la apropie, pues sintetiza muy bien lo que yo mismo siento:

Ricardo ardo ardes  
Paseyro pasa  
pasa pronto y no tardes  
a tu otra casa.

Y así es. Hay en Ricardo Paseyro, en sus versos como en su persona, una especie de ardor que no cesa, como si su propia sustancia destilase, a la manera del ave fénix, un combustible que siempre se renueva. Ese ardor, manso como el de la madera del roble, pues en nuestro poeta nada hay que suene al chisporroteo de las maderas

flojas, se debe, pienso, a una necesidad íntima de pasar ligero por el mundo, de arribar pronto, sin tardanza, a ese lugar misterioso y atrayente como un imán de poder infinito que De Ory llama «su otra casa».

Puede sonar a mística lo que acabo de decir, y no lo niego, pero se trata en todo caso de una mística muy especial, pues en un poema titulado «Anuncio», de 1998, dice Paseyro con un sentido del humor que no oculta la profundidad del concepto:

Ofrezco ser el místico  
de un Dios todonadístico.  
*(Ajedrez)*

O, mejor todavía, digámoslo con estos dos versos, de 1965, titulados «Arte poética», que reflejan, además de ese talante, el sentido tal vez más íntimo de su poesía:

Del vértigo del agua  
de pronto salta una gaviota blanca.  
*(En la alta mar del aire)*

«Del vértigo del agua/ de pronto salta una gaviota blanca», ¿podría expresarse con menos palabras, con palabras más sencillas, sugestivas, exactas, inagotables, inesperadas, el sentido profundo de la poesía?

Poeta de la condición humana, en muchos de sus versos Ricardo Paseyro se retrata como un nómada, como un transeúnte, como un alado visitante de este mundo, condición en la que no tardamos en descubrir la más radical del hombre, nuestro destino. Un buen ejemplo lo tenemos en el poema titulado «Soy visitante», de 1965, donde le oímos decir:

¡Que la tierra no sepa que estoy vivo!  
¡Que no sientan, los mares, que navego!

¡Que no comprenda, el cielo, que le miro!  
¡No me descubra en su reloj el tiempo  
y no se agite el aire, si respiro!  
Soy visitante apenas, no me quedo,  
me voy del mundo sin haber venido...  
Pero es en vano: el sol toca mi cuerpo  
y mi sombra le sirve de testigo.

*(Mortal amor de la batalla)*

Esta forma de ser un inaprehensible visitante del mundo cobra a veces caracteres metafísicos, como en este poema de 1956, que lleva el título de «El alma y su figura»:

Vagabundos fuegos  
somos en Dios, chispas de un solo instante:  
en nuestro fondo de aire  
pesa un destino, un eje busca el centro  
que gobierna y le rinde a su maestría.  
Afuera,  
lumbre desordenada  
algo aparece, brilla, agita el tiempo.  
Y lo que vive es lo que no se ve.

*(El costado del fuego)*

Basten estos versos para mostrar que Ricardo Paseyro es un poeta hambriento de mundos invisibles, que están más allá, siempre más allá, sin por ello dejar de pertenecer a la entraña de nuestro propio mundo; un poeta por ello de la condición humana, pero esta expresión, que podría sonar demasiado enfática o campanuda –y no hay nada como lo enfático y campanudo que esté más reñido con la poesía y la personalidad de Ricardo–, se atempera por el hecho de que nuestro poeta parece vivir en una dimensión donde las cosas pueden deshacerse, desmoronarse, con un simple roce. El de Paseyro es un mundo de cosas que no se tocan, que sólo se acarician

con una mirada comprensiva e iluminada; de cosas sobre las cuales deberíamos circular con pasos de levitación contemplativa, como ese «andar del humo», al que Paseyro ve «cual un pájaro lento sobre las montañas» (*Plegaria por las cosas*, «Poema del humo», Roma, diciembre de 1949).

Con lo dicho se entenderá que, dando un paso hacia delante, diga ahora que Ricardo Paseyro es también –y tal vez sobre todo– el poeta de las escuchas profundas, de esas aprehensiones abismales sin las cuales no podría darse la voz poética, como se ve en estos versos de su *Poema para un bestiario egipcio*, en los que el desierto y la desnudez de los ojos son la preparación, el viático, para las más altas contemplaciones:

Y escucho ya el desierto abandonado,  
se desnudan mis ojos: estoy solo.  
No pesa ningún cuerpo sobre ninguna hierba.  
Y estoy yo solo en un desierto lento  
mientras la muchedumbre de las estrellas, gira.

A estos versos de 1950 parecen hacerle eco estos otros, escritos nueve años después en *Música para búhos*:

... la transparente  
compañía del sol parece eterna  
mientras la muerte en su cuartel, dormita.

En su exploración, hecha de pinceladas tan leves como los colores son profundos, de la condición humana brilla con luz propia «El cuento», poema perteneciente al libro *Para enfrentar al ángel*, de 1993:

Nacer, llorar, dormir, crecer, amar,  
terminar y volver solo al principio  
tal fue, tal es, tal ha de ser el cuento

de las horas pasadas en la Tierra.  
Antes y luego, absorta en ella misma,  
la eternidad no se parece a nada.

O sea, el tiempo con sus cuentos, con sus cuentas, con sus pertinaces analogías y metamorfosis, frente a la eternidad, que todo lo trasciende, absorta, abstraída del mundo.

En los últimos años, la ansiedad, el pesimismo, la amargura por el destino de la civilización, de la Humanidad, que con tonos sombríos se avizora desde el privilegiado observatorio de París, ha excavado en la poesía de Ricardo Paseyro galerías cada vez más hondadas, más soterrañas, como se ve en este poema, titulado «Futuro», escrito en los últimos dos años, en el que presenciamos un singular reparto de papeles, como si el Autor de la obra que se representa en el gran teatro del mundo hubiera decretado mutaciones que, bajo una apariencia humillante, dan nuevas oportunidades a una Humanidad deslumbrada:

De los poetas hablarán los árboles.  
Los peces pintarán a los pintores.  
Los elefantes, con sus finas trompas,  
escribirán las notas del solfeo.  
De sus cuevas, los topos ateridos  
le darán luz al cielo ceniciento.  
¿Y los hombres? Después de meditarlo  
volverán a la selva original.  
Tal vez a fuerza de roer raíces  
aprenderán de nuevo a tener alma.

A veces no es el pesimismo lo que asalta al poeta, sino una visión, hiriente y perpleja, de ese extraño monstruo que es el hombre, como se ve en el poema que cierra sus *Poesías completas*, y que me ha hecho el honor de dedicarme:

¡El mejor mundo es el de cada cual!  
Aquella flor exhala su perfume,  
el cacto del desierto ama las dunas,  
el cangrejo se place con sus pinzas,  
el tiburón cultiva dientes sanos.  
Al hombre le tocó, para su dicha,  
poseer un cerebro enrevesado  
y el alma dividida en mil añicos.

Ricardo Paseyro pertenece a la raza de los que han mirado al demonio de frente, sin pestañear, sin dar un paso atrás, sin perder la compostura, sin abdicar de los grandes y pequeños valores que hacen preciosa la vida. Y lo ha visto en las formas terribles, sinuosas, paralizantes con que se ha hecho tan frecuente, tan letalmente frecuente, en los últimos cincuenta años. Su voz se ha alzado contra la hipocresía y el cinismo de tantos como han hecho grandes y miserables negocios con la retórica –la retórica de la causa del proletariado, la retórica de la liberación de los pueblos, la retórica de la solidaridad humana, la letanía es interminable–, retórica que sólo ha servido para que las tiranías más feroces opriman a cientos de millones de seres humanos sin que a los tiranos y sus servidores se les descomponga la conciencia. Ricardo Paseyro jamás ha estado del lado de los verdugos, por disfrazados que hayan podido presentarse en los escenarios del poder, ni tampoco ha sido nunca uno de esos poetas áulicos, tan premiados, tan galardonados, tan agasajados, porque para él la función de la poesía, de la escritura literaria, no ha sido nunca la de adornar con plumas de avestruz, con jirones de retórica, el macabro oficio de aquéllos. Y por eso, por eso sobre todo, como hace unos días nos recordaba Fernando Arrabal, Ricardo Paseyro ha sufrido (cito literalmente a Arrabal) «el acoso de la jauría (¡hasta hoy!): durante más de medio siglo de persecución, vetos y ninguneo absoluto fue asaeteado por las calumnias más horribles. [...] Paseyro fue víctima de los que confían en la ruina de la dignidad y en fantasmas tiránicos y titánicos. Sin recordar a los asesi-

nados, amordazados, con infinita discreción escribe: “Hace ya tantos siglos y tantos muertos/ que saludo y bendigo a las estrellas”».

Se entiende que a un poeta que, desde Estambul, en un mes de enero de hace cincuenta años, se atrevía a decir «Dadme la luna y su bajel de plata», le hayan hecho blanco de sus dardos los que no dudaron en poner la libertad y la integridad bajo la bota de los Titanes.

«La belleza del mundo es un regalo/ y me cuesta la vida, el contemplarla», dice Paseyro. Quien ha dicho que la belleza del mundo es un regalo, y que le cuesta la vida, el contemplarla, sólo puede ser alguien que sabe bien de lo que habla y ha llegado hasta el fondo de las cosas.

**Ignacio Gómez de Liaño**